

Capítulo 11

La bisagra

El barrio se preparó para una batalla campal entre villas. Aunque en realidad era solo un grupo de unos veinte tipos de la villa “La Olla”, situada en los departamentos populares construidos en los años setenta durante una de las dictaduras latinoamericanas dirigidas por la CIA.

Esta villa de lujo de unos ocho mil habitantes contra unos quince tipos de “Las Gomas” con un total de diez mil habitantes esta última. El porcentaje real de delincuentes entre unos y otros, pues la mayoría de la gente de la villa y los asentamientos nada tienen que ver con la delincuencia o las drogas. Casi todos trabajan e intentan estudiar y progresar de a poco. Y tal vez ellos no salgan, pero tal vez sus hijos o nietos sí. Es que los tiempos de los pobres y los marginados son otros...

Por lo tanto, prepararse, solamente para los que nada tenían que ver, era encerrarse dentro de sus casas intentando cubrirse de las balas que traspasaran las paredes de ladrillos hueco sin revoque y otras de cartón o chapa.

A las tres horas aparecieron por el costado derecho, donde se encuentra la pared que los separa de la civilización, de la gente buena, honesta y trabajadora de La Matanza. Calle lindera al barrio de clase media rajuneante, devenida en baja según el gobierno de turno que estuviese, puesto que la frontera es muy dinámica cuando se vive de un sueldo que alcanza para comer y cada cinco años revocar una pared, o cambiar el auto de unos quince años por otro de diez.

Esta pared supo ser construida en la mitad de los años setenta, de unos cuatro metros de alto y con un revoque grueso ideal para el muralismo vanguardista y revolucionario.

Los invasores ya estaban debidamente informados de donde vivía el gordo Flores y su familia, toda una logística de espionaje que superaba ampliamente a la CIDE, la que se había realizado.

Al entrar se dirigieron directo a la casa de los Flores, no habían hecho treinta metros dentro de la villa que comenzaron los tiros. En menos de dos minutos, corridas y sonidos de balazos de armas largas y ametralladoras. Armas que ni la policía ni la gendarmería o el propio ejército tenía, y como siempre la pregunta. ¿Quién se las vende...?

A los nueve minutos de tiroteo ya iban tres muertos, dos de un bando y uno del otro, cae la policía y gendarmería con sirenas y luces azules titilantes. Pero en vez de aplacar la situación y dispersar a los malvivientes, casi al unísono ambos bandos contra policías y gendarmes. El tiroteo fue más grande, se hizo evidente que La Olla retrocedía. Y... eran los extranjeros... Pero los tiros no cesaban y cada vez se sentían más fuertes junto a las viviendas. La gente desesperada dentro de las casas gritaba, se tiraba al piso, se protegían con muebles, hacían lo que podían.

Brayan y el chileno se habían escondido tirados en el piso boca abajo en una de los escondites de mercadería que tenía el Chungo. Los sonidos de los disparos eran secos, fríos, como golpes de maza sobre yunque, de vez en cuando ruidos de madera o chapa rota, de pronto un golpe contra el techo de zinc, uno se había subido y lo había bajado destrozando su cuerpo. Se hizo un caos y desorden, tipos que corrían de un lado a otro, los disparos continuaban mientras un grupo se alejaba.

Mientras los dos pibes quietos, ni se movían, cuando todo terminó Brayan se levantó y ve al chileno en un charco de sangre, lo da vuelta y con los ojos muy abiertos, como que le saltaban de sus órbitas.

—Me ahogo Brayan, me ahogo. —Con vos baja, raposa y sórdida, entre cortada—. Por favor Brayan, me quema, me quema ayudame...

Brayan vio que salía sangre de su cuello a borbotones, tembló, tubo pánico, le dió asco. La sangre caliente bañaba impregnando sus dedos mientras tenía al chileno abrazado. El chileno comenzó a temblar, Brayan le metió el dedo de donde salía la sangre como lo había visto en una película del Tano Rani. Sentía la presión de la sangre en el orificio al ritmo del latido del corazón. El pibe tiritaba y de repente se quedó quieto con los ojos abiertos, una de sus piernas tuvo como una especie de espasmo, y de esa tensión en su cuerpo Brayan sintió como todo músculo se relajó y espiró.

—Chileno, Chileno. —Gritó Brayan—. Chileno, che dale boludo, che boludo... y lo soltó, su cabeza al pegar contra el piso de cemento hizo ruido grave, la cara se inclinó hacia las piernas de Brayan que también estaban manchadas de sangre, con sus dos ojos bien abiertos. Entró en pánico, no sabía qué hacer y tuvo el instinto de salir corriendo, llegó hasta el portón de madera pero antes de abrirlo reaccionó. Se tiró al piso nuevamente y lentamente lo abrió espionando si había alguno tirando. Pudo observar que la policía estaba lejos y corrió hacia el asentamiento, mientras lo hacía se iba secando en la remera y los pantalones la sangre de sus manos y brazos. Tenía sangre hasta en su propio rostro que le entraba hasta en la boca sintiendo el propio gusto de la misma. Corría y escupía, corría, escupía y lloraba y tocía.

Encaró hacia donde estaba el alambrado roto y los traspasó como cuchillo caliente en manteca. Fue directamente a lo del Tabo, golpeó su puerta pero no había nadie. Corrió el alambre enrollado a un clavo que hacía las veces de cerradura y entró a la casa, se sentó en una silla de hierro rota y se quedó quieto ahí esperando no sabía qué.

Al rato ya no se escuchaban ni tiros ni sirenas, en eso entra el Tabo con el padre.

—¿Qué hacés aquí?

El padre había dejado a los hermanos con una vecina más lejana por temor a los disparos había regresado con tabo para ver si ya todo estaba tranquilo y podía regresar con sus hijos.

—No sé, disculpe señor y no pudo más y se echó a llorar como el pibe que era.

—Tranquilo Brayan, si querés quedate aquí esta noche.

—No, mejor me voy.

Y se fue sin decir nada corriendo, no se sentía cómodo en esa casa y con el Tabo. Cuando pasó por casa del Colo se detuvo.

—¡Che Colo, Colo!, gritó desde afuera.

Sale el Colo y lo ve lleno de sangre.

—¿Qué hiciste bolu?, Sali de acá no quiero quilombo, raja bolu.

Sale el padre con unos de los hermanos mayores.

—¿Qué hacés pendejo a quién mataste? Nosotros no queremos quilombo, fumate loco rajá. —Amenazante el tipo morocho y panzón.

Corrió hasta su casa, la madre estaba en el pasillo chusmeando con Doña Clara, viendo como ya no quedaban ni policías, ni gendarmes ni nada, todo en una apacible tranquilidad y resto de olor a pólvora.

Lo ve venir corriendo y lleno de sangre.

—¿Qué te pasó pelotudo, que hiciste animal, anda a lavarte antes de entrar a casa así, yo no quiero quilombo hijo de mil puta, delincuente de mierda igual que tu padre.

Brayan no supo que hacer, la odió más que todos los días de su vida y de su odio.

—¿¡Escuchaste pendejo sorete!/? Rajá de acá antes que te vea la yuta y yo tenga quilombo.

—Se quedó quieto no sabía qué hacer, no tenía donde ir, corrió nuevamente hacia al fondo, al llegar cerca del alambrado encaró hacia la capilla. Entró sin golpear esperando

que la puerta estuviera abierta y lo estaba. Una vez adentro agitado, traspirado y lleno de sangre, ya pegoteada casi seca entre sus dedos, ve a su derecha sentado en el piso al profe de educación física, y frente a él unos pibes todos sentaditos contra la pared de capilla que daba al costado del asentamiento para evitar los tiros.

—¿Qué te paso Brayan? Vení, ¿Estás herido?

En eso entra el cura.

—Che ya está todo tranqui afuera. —Ve al Brayan.

—¿¡Brayan estas bien!? Llamamos la medico ya...

—No, yo estoy bien, mataron al chileno...

—¿Quién es el chileno? —Pregunta el profe.

—No la puta madre, nooooo... dice el cura. Un pibito que vivía casi solo en el ranchito del zanjón.

—Está tirado, sangraba mucho, no pude hacer nada. —Lloraba Brayan, balbuceaba y se quedaba sin aire entre lágrimas y moco que le caía de la nariz.

—¿Y la poli no lo encontró? —Pregunta el profe.

—No, no se ve desde afuera ese lugar, es del Chungo. —Responde Brayan confundido.

—Deja, yo voy dice el cura, vos andá y bañate.

—Sí, andá, yo te preparo ropa. —Le dice el profe.

Cuando Brayan sale del baño ya los pibes estaban en una especie de sacristía con unos muchachos y chicas jóvenes que trabajaban con el cura haciendo obras de beneficencia. Brayan con el cabello mojado parecía un perro peludo mojado, más flaco y anguloso, la ropa le quedaba grande y suelta.

—Vení, Brayan, sentate. —El Profe.

El pibe se sienta, sabía lo que se venía, lo conocía bien al profe.

Brayan, este es tu límite, hasta aquí llegaste, tenés que parar. Vos sabés que no estás en la buena y si no cambias yo te voy a denunciar.

—¿Quedecí profe?

—Brayan, te prefiero preso antes que muerto. Estas en la joda, con chorros, traficantes, vos sabés que dicen que el Chungo trafica órganos, el día que lo comprueben lo hacen boleta, la cana se la tiene jurada. Es un hijo de mil puta y vos lo sabes.

Brayan se pone a llorar.

—Yo no puedo más, yo no quiero ir a mi casa.

—Tranqui quedate aquí.

—No, mi vieja odia al cura este, vavenir y me va llevar.

—No, Brayan. ¿A vos te gustaría estar con tus hermanos?

—¿Qué vo sabé dónde están?

Brayan. ¿Querés cambiar de vida o no? ¿Querés estudiar y un día tener un trabajo seguro? —Brayan lo miraba como en un sueño imposible.

Al rato volvió el cura. —Ya llame a la policía y se lo llevaron, pobre chilenito. Se sienta el cura, esto no tiene fin... —Mirando para abajo.

—Brayan quiere salirse. —El Profe.

—¿En serio? —Al joven cura se le iluminó la cara—. Bien Brayan, una buena y lo abraza.

Fin.

Continuará.

Todos los derechos reservados. Quedan totalmente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, o de sus imágenes, o de su incorporación a cualquier sistema informático, o su

transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otro medio sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. (Derechos de autor). Número de registro Ex-2021-06232522- -APN-DNDA#MJ
Este relato mensual de doce capítulos es solo una ficción, cualquier parecido con la realidad de hechos o personajes es pura coincidencia.